

Lorenzo García Vega

*Cómo hacer
un cuento con Guido*

seguido de

*Un cuento
sobre Guido Llinás*

*Cómo hacer
un cuento con Guido*

© Lorenzo García Vega, textos

© Guido Llinás, grabado y óleo

© Éditions El Peral de Montreuil 2003

De esta edición se hizo una tirada de 100 ejemplares

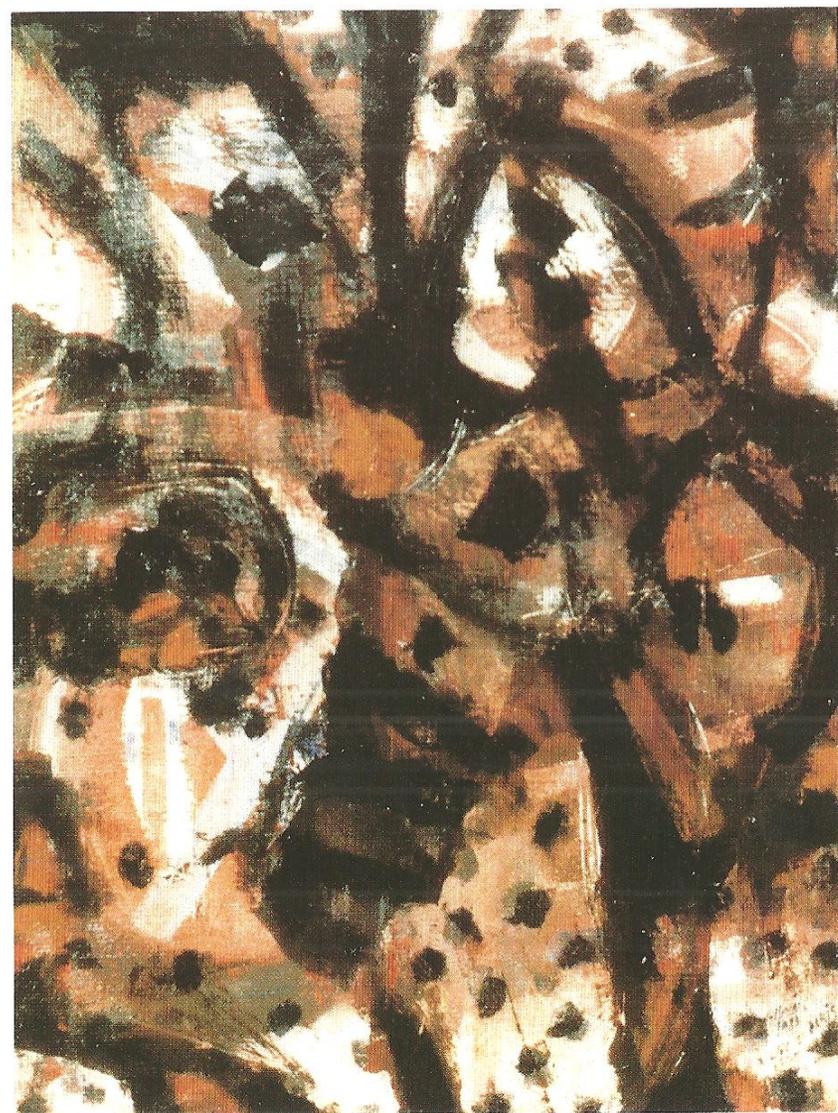
Dépot légal: 37571/Q – Imprimerie NéoTypo – Besançon

Un cuadro de Guido Llinás me sugiere unos árboles que me impiden ver el bosque. Aunque no lo veo, en el bosque está ese unicornio negro que trata de encaramarse en una mata. Pero después, el negro unicornio deja de ser unicornio negro y, por tanto, conviértese en, con patas de insecto, gato estilizado.

Un gato, lógicamente, que también trata de trepar por la mata. Con lo que, puedo asegurarlo, también hay un enanito hoplita, una redcilla (en el extremo inferior del cuadro), y, por fondo del bosque, la asamblea que se extiende (o se condensa) hasta encaramarse en esa breve extensión que puede alcanzar la mitad de un salón.

Pero las cosas, con esto, no se quedan ahí, sino que se hinchán con la musiquita del carrito de helados de unos nicaragüenses (esta musiquita siempre se oye en la sala donde está colgado el cuadro de Guido).

O sea, que la musiquita de un carro de helados nicaragüenses es necesaria para ver esta expresión de Guido. Por lo que, como consecuencia, las pesquisas se concentran en torno a estos hechos:



Pintura Negra
1983, óleo sobre tela 92 x 73 cm
colección L. García Vega

1. Una risa infame por el bosque donde los árboles impiden ver.
2. – Los doblones que alguien gastó en la autobiografía del enano hoplita.
3. – La vedette como hipóstasis del unicornio negro.
4. – La despampanante vida de esa vedette fallecida en 1930.
5. – Y, por último, esa risa del enano hoplita que, al transformarse en viejo capitán byroniano (un capitán beodo, demoníaco y, por supuesto, con pata de palo), resulta ser absolutamente necesaria.

Todo bien dicho, bien apilado, y todo hasta bien soñado.

Aunque, por supuesto, en el bosque (¿es un bosque?) del cuadro de Guido, siempre quedaron fragmentos no ensamblados. La pieza de un General botarate, por ejemplo (¿pero qué hacer con un General botarate en un cuadro que no es figurativo?) o también la – en una sesión de cine de casi medio pelo – estrambótica risa de una costurera tuberculosa que, por esa enfermedad, murió en la susodicha década del 30.

¿Pero qué hacer con todo eso? ¿Cómo hilar el cuadro de Guido Llinás con un enloquecido cuento, donde habría, o no habría, un unicornio negro?

Guido, el autor del cuadro, dice que no hay ningún unicornio.

Guido se queja de que las gentes ven “cosas” en sus cuadros.

Así que:

Moraleja. Parece que no hay qué decir, pues las piezas, cuando se trata de un cuadro de Guido Llinás, desgraciadamente nunca resultan tan sencillas de explicar.

*Un cuento
sobre Guido Llinás*

1

Yo sé que puede no ser bueno contar un cuento chino, pero yo no puedo dejar de intentar el contar un cuento chino. Fíjense: yo empiezo a contar así: hubo una vez una década, del 50, en que irrumpió una pintura abstraccionista ("expresionismo abstraccionista", se le decía a un revolico que tenía que ver con unos 11), una década en que yo (yo puedo, como los personajes de Pessoa, ser un heterónimo) continuaba estando loco y todavía no me había muerto. Pues bien, fue entonces que yo, el heterónimo que siempre vivió recluido en el Central Australia, fui a La Habana - fui por un solo día -, y así vi a lo lejos, en una esquina de la calle Belascoaín, cercana al Hotel San Luis, al abstraccionista Guido Llinás. Guido era en aquel entonces un 11, o formaba parte de un 11, o también - de eso no me cabe duda - era un anarquista. Pero como yo, en aquel entonces, al igual que ahora, le tenía miedo al anarquismo, yo entonces, al ver al abstraccionista en una esquina, decidí coger por otro lado, y esto así hasta meterme en el Hotel San Luis, el lugar donde yo estaba hospedado y donde, además, ahora, está sucediendo la devastación que tiene que ver con Guido..



Grabado sobre madera
1996, 13,8 x 11,6 cm

Le cogí miedo al anarquista. Me metí en el Hotel San Luis. Y no volví a ver a Guido hasta que, después de que había pasado una revolución (y, por supuesto, yo no voy a hablar de la clase de revolución que pudo ser ésa), muerto ya yo, además de recluso, yo, en calidad de loco en un Home de la Playa Albina, me he visto urgido a contar un cuento chino.

Repito, pues como ya he dicho una infinidad de veces, yo nunca puedo dejar de repetir; repito, entonces: sé que puede no ser bueno contar un cuento chino, pero no puedo dejar de meterme (recién convertido, ¡posmodernista que ahora soy!) por unos matojos albinos, o rizomas deleuzianos, de este albino lugar donde me han colocado. ¡No puedo dejar de contar un cuento chino!

Pues yo creo que Guido Llinás -aunque era un modernista-anarquista en aquella esquina, década del 50, en que lo ví-, bien puede ahora, desde este Home de una Playa Albina donde me tienen recluso, haberse convertido en todo un posmodernista. Pues yo el heterónimo Tokol, mulato húngaro del Central Australia, no sólo me he convertido en el notario de la devastación en el Hotel San Luis, sino que entiendo a Guido como un intérprete de esa devastación. Veremos esto.

Está Guido Llinás o, más bien dicho, está condensado el sueño que puede explicar a Guido Llinás, en un cuadro que cuelga en la sala del Home. Esto es un delirio, por supuesto, pero esto sólo puede describirse; pues

describirse, ya se sabe, es sólo lo que puede hacerse con un delirio. La pintura de Guido Llinás tiene relación con la devastación en el Hotel San Luis, de la calle Belascoaín. Esta es la noche, esta es la mañana, esto es lo que sea del Home y yo, Tokol, el mulato húngaro, heterónimo, que en la década del 20 escribió unas "Memorias del Central Australia".

Esta es la noche, esta es la mañana, esto es lo que sea, del Home. Donde, de la pared de la sala, cuelga el cuadro de Guido, el cuadro que, aunque expresionista, no se sabe por qué tiene que ver con la devastación en el Hotel San Luis, y quizá hasta con los aires libres de La Habana, y quizá hasta con los personajes que correspondían a los aires libres de La Habana.

2

El MAGMA, advierto. Captar el magma. Eso es lo que hay que buscar, al meterse dentro del cuadro de Guido Llinás. Meterse por el cuadro de Guido, buscar una de las entradas a la devastación en el Hotel San Luis (pues Guido, si no fue un huésped del Hotel San Luis, tiene que haber sido, sin duda, un anarquista relacionado con el Hotel San Luis).

El magma es la ebullición continua: glo-glo-glo.

Continua.

A veces, cuando me despierto por la madrugada, voy hacia la sala oscura de este Home, y allí me meto en el cuadro de Guido. Dentro del cuadro está el magma. Día y noche, en esta sala del Home, el magma, siempre. Siempre dando vueltas, continuando. "Como quieras que te pongas tienes que llorar". Dando vueltas.

A veces hasta dando unas vueltas tan raras que, en el magma, hasta se empieza a oír aquel "Júrame" (pero ¿cómo se puede oír una canción dentro de un magma?), que cantaba Mojica en el mismo momento en que Guido se convirtió al anarquismo.

El magma es el cuento de la buena pipa que Guido cuenta, dentro de su cuento. El que tenga oídos, para oír la devastación en el Hotel San Luis, que oiga. El que no tenga oídos, que no oiga.

El magma fragmentario, en ebullición, en borbotones, en glo-glo.

El magma, repito, es el cuento de Guido. Pero es un cuento que, para oírlo, hay que agacharse. ¡Qué raro! hay que agacharse. Yo el loco, yo el heterónimo Tokol, me agacho en la noche oscura del Home, y lo oigo. Yo, así, oigo el magma que cuenta Guido.

El glo-glo, pues, entonces, pues yo no te pregunto si conoces el abstraccionismo de Guido Llinás, si no que yo te pregunto si quieres que te cuente el cuento de la buena pipa. ¿Entiendes?

3

Esta es la noche, esta es la mañana, esto es lo que sea, del Home. Donde me estoy, fumándome. Fumándome la vida (vuelvo a oír "Júrame", aquello que cantaba Mojica), frente a una hilera de personajes de una película silente, que están escondidos, pero presentes, por un lado magma del cuadro de Guido Llinás.

Son los motociclistas, los panaderos, también algunos verdugos, y todos de una película silente que vio Guido en el Cine Fausto, y que escondió - casi nadie los ve - en su cuadro.

Una hilera de personajes fílmicos (y estos, hasta tal punto invisibles y silentes que, solamente, en un cuento chino como el que yo estoy contando ahora, se pueden hacer visibles)

4

Así como el cuadro de Guido, advierto, también tiene que ver con la dispersión. Tiene que ver con..., porque si el cuadro de Guido no tuviera que ver con la dispersión, el cuadro de Guido no tuviera que ver con la devastación en el Hotel San Luis.

En una ESCUELA ALÓGENA - lo sé de buena tinta - Damián Tabarovsky, un novelista que puede parecer

autista pero que en realidad no lo es, acaba de decir lo siguiente: "Si la digresión cuestiona algo - así se ha dicho - es la jerarquía; no reconoce méritos, despoja al lenguaje de su eficiencia (no va al grano), avanza por desplazamientos, abomina de la seducción (la digresión aburre), no reconoce límites (todo tiene que ver con todo), es maleducada (adopta la forma de la irrupción), fagocita la comunicación". ¿Se entiende?

Pues, si no se entiende, entiéndase bien: dispersión es, como acaba de decir Damián: cuestionamiento de la jerarquía, desconocimiento de los méritos, despojo del lenguaje, avance por desplazamientos, aburrimento, desconocimiento de los límites, irrupción maleducada, fagocitación. Así tiene que ser, y así me invento que Llinás tiene que ser. Pues esto es la noche, esta es la mañana, esto es lo que sea, del Home. Donde uno puede estar, como el heterónimo, fumándose mientras, frente al cuadro de Guido Llinás, con su magma, y sus silentes personajes escondidos, y su devastación en un Hotel San Luis puede, ¡y está ocurriendo ahora!, una tremenda transformación donde -¡hay que ver!-, una dispersión logra que un manchón de tinta negra se convierta, como si nada, en un tubo ontológico que, si se mira bien, puede resultar que sea, como bien han dicho los patafísicos argentinos, un inquietante aparato psico-ortopédico.

Y, entiéndase bien, pues todo esto puede resultar muy bonito.

el *p* eral de *m* ontreuil